

## **Dale A Tus Hijos El Regalo De La Ausencia**

El tiempo y la atención no son las únicas formas de bendecir a nuestros hijos.

Por Amy Julia Becker

Cuando nos mudamos por primera vez a Connecticut hace cinco años por el trabajo de mi esposo, decidí que me quedaría sin cuidado de niños. Nuestros hijos tenían seis, cuatro y dos años en ese momento. Quería ser su fuente de estabilidad en medio del nuevo trabajo de su padre, una nueva ciudad, nuevos amigos y una nueva casa.

En los años transcurridos desde entonces, he aprendido que el tiempo no es el único regalo que les damos a nuestros hijos. De hecho, he aprendido que, si bien la presencia de los padres es ciertamente crucial para el desarrollo de los niños, también lo es la ausencia de los padres. Solía pensar que el bienestar de mis hijos dependía enteramente de mi presencia, pero ahora creo que es igualmente importante confiarlos al cuidado de otras personas.

Hace apenas unas semanas, mi esposo y yo habíamos planeado irnos de la ciudad por un fin de semana. La guardería que teníamos se vino abajo en el último minuto cuando mi familia extendida contrajo la gripe, así que le envié un mensaje de texto a una niñera para ver si podía ayudar. "¡Eso sería genial!" ella dijo. Y eso fue.

Ese fin de semana, la niñera y su madre, que resulta ser la maestra de escuela dominical de nuestros hijos, me enviaron fotos de mis hijos trepando en los rincones de los árboles cerca de un viejo túnel de tren y una de mi hija Penny (que le teme a los perros) sentada con una sonrisa de satisfacción junto al perro salchicha de nuestra niñera. La próxima vez que vi a la madre, me preguntó si podía "robarnos a nuestros hijos" de nuevo porque se habían divertido mucho. Lo que comenzó como una fuente de estrés, luchar por ayuda, se convirtió en un regalo inesperado y, en nuestra ausencia, los niños se divirtieron, demostraron coraje y resistencia y se conectaron más con nuestra comunidad.

Los cristianos hablan con frecuencia sobre la importancia de la presencia, pero la Escritura deja en claro que la ausencia también tiene su lugar en el proceso del discipulado.

Uno de los principios centrales del cristianismo es la encarnación, la creencia de que Dios tomó un cuerpo en la forma de Jesús. En palabras de Eugene Peterson en *The Message*, cuando Dios se hizo carne, Dios "se mudó al vecindario". La presencia de Cristo en la tierra, y la presencia del Espíritu Santo incluso ahora entre los seguidores de Cristo, habla del significado de la presencia de Dios entre las personas. "Estaré contigo" es un estribillo que se encuentra en toda la Biblia y, como tal, es difícil enfatizar demasiado la importancia de la presencia de Dios en, con, a través y entre nosotros.

Y, sin embargo, el ministerio de Jesús también tomó la forma de ausencia. A menudo "se retiraba a lugares solitarios y oraba" (Lucas 5:16). Prometió a sus discípulos que sería mejor que se fuera, porque el don del Espíritu Santo seguiría a su partida. Permaneció ausente durante días, incluso después de enterarse de la enfermedad de su amigo Lázaro.

Cuando Jairo le suplicó que prestara atención inmediata a la curación de su hija, se mantuvo alejado por un tiempo. Y también envió a los discípulos a ministrar en su nombre, sin él a su lado.

Los escritores de los evangelios nunca explican el propósito de la ausencia de Jesús en estas historias, y los eruditos debaten las razones de algunos de estos incidentes. (¿Estaba cumpliendo con las prácticas rituales en torno a la muerte? ¿Estaba afirmando su autoridad divina?) No obstante, es seguro decir que la ausencia jugó un papel notable en su ministerio, y que se retiró a veces para atender sus propias necesidades y hacer crecer a los discípulos. 'liderazgo.

Como madre de tres hijos pequeños, estoy aprendiendo cada vez más sobre cómo un compromiso intencional con la ausencia es un regalo que les doy a mis hijos, y también un regalo que Dios me ofrece a mí.

Cuando Jesús se apartó de sus discípulos para orar, se ocupó de sus propias necesidades espirituales y, al mismo tiempo, demostró lo que significa vivir en un estado de dependencia de Dios. De manera similar, cuando me aparto de mis hijos para orar, dar un paseo o tomar una taza de café con un amigo, estoy practicando el cuidado personal y también lo estoy modelando para mis hijos. El cuidado personal me obliga a admitir mi humanidad, mi necesidad y mis limitaciones. Se hace eco de la invitación que Dios nos ofrece a través del sábado. Como escribe Barbara Brown Taylor, "Aquellos que descansan como Dios se encuentran libres como Dios, ya no son esclavos de las mil compulsiones que envían a otros corriendo a sus tumbas". De la misma manera, aquellos que se retiran como Jesús se encuentran restaurados como Jesús, sin entrar en pánico por todas las cosas que tienen que hacerse hoy.

Hace años, cuando trataba de cuidar a mis hijos sin depender de otras personas, gritaba mucho. Me molestaba mi vida. Y le di a Dios el trato silencioso. Cuando finalmente llegué a un punto de ruptura y busqué ayuda, no solo restauré algo de equilibrio en mi propia vida espiritual y personal, también vi la provisión de Dios en medio de mi propio agotamiento.

En los años transcurridos desde entonces, varias mujeres jóvenes han entrado en la vida de nuestra familia mientras yo buscaba un buen cuidado para nuestros hijos. No solo nos han bendecido, sino que sus vidas también se han visto afectadas por nuestra familia. Nuestra hija mayor tiene síndrome de Down, y dos de sus niñeras se han especializado en educación especial en la universidad, mientras que otra se ha convertido en terapeuta ocupacional pediátrica. Los miembros de la familia también han ayudado con nuestros hijos. Mi hijo, al pasar algunos fines de semana con mi madre y mi tía, ha podido desarrollar su amor por los jardines. Durante un tiempo, nuestra hija Penny leyó libros con un vecino mayor al otro lado de la calle, lo que les produjo un gran placer a ambos.

En conjunto, invitar a estas personas a la vida de nuestros hijos ha llevado a relaciones de bendición mutua: dar y recibir unos de otros de una manera que une a nuestra familia a nuestra comunidad.

Además de practicar la ausencia intencional, que pone a mis hijos en una relación con los demás, también he aprendido a practicar lo que podría llamar negligencia intencional al permitir que mis hijos jueguen sin la supervisión de un adulto. En un mundo de “crianza en helicóptero” (¡o incluso de “crianza con bulldozer” últimamente!), Darles a los niños un poco de espacio les ayuda a aprender a manejar los conflictos, crecer en independencia y aprender a ser resilientes frente a la adversidad. (Por supuesto, los padres deben usar el buen juicio acerca de cuándo y dónde es apropiada esa “negligencia”). Jesús envió a sus discípulos a las aldeas sin él para que pudieran aprender sobre el liderazgo, cometer errores y regresar a él para aprender más. Como padres, nosotros también podemos enviar a nuestros hijos al patio trasero, al vecindario o al bosque para que puedan cometer errores y crecer. Podemos enviarlos a la escuela con tareas incompletas, enviárselos a nuestros amigos para que hablen de los problemas y, cuando nuestros propios recursos resulten inadecuados, enviarlos a la iglesia (y otras comunidades) para equiparlos.

El trabajo también brinda oportunidades para practicar la ausencia intencional. En nuestro hogar, he asumido el papel de “padre principal” que se queda en casa cuando nieva o cuando un niño está enfermo. Trabajo a tiempo parcial y limito los viajes de trabajo para brindar consistencia a nuestros hijos. No obstante, creo que la ausencia de los padres por motivos laborales, tanto el trabajo remunerado como el voluntario fuera del hogar, también puede beneficiar a los niños. Quiero que nuestros hijos crezcan sabiendo que tanto las mamás como los papás tienen vocaciones dentro y fuera del hogar.

Un amigo me contó una vez la historia de estar en un campamento de verano donde observó a dos consejeros casados paseando juntos durante el tiempo libre. Mi amigo observó cómo la pareja se alejaba de la multitud, de los campistas, de la mano. Sus padres se estaban divorciando en ese momento, y esa simple imagen del amor conyugal le dio una visión diferente de su futuro. Llamó a su acción un “ministerio de ausencia”.

Al alejarse, esa pareja le dio un regalo a mi amigo. De la misma manera, recibimos un regalo de Dios cuando aceptamos la invitación a admitir nuestras propias necesidades y depender de la provisión de Dios para nosotros y nuestros hijos. Y les damos a nuestros hijos un regalo cuando equilibramos nuestra presencia fiel en sus vidas con nuestra ausencia fiel.

Amy Julia Becker es autora de *Un buen y perfecto Regalo* (Bethany, 2011) y *Pequeñas Charlas: Aprendiendo de mis hijos sobre lo que más importa*. (Zondervan, 2014).